

El Comercio
EDICION DE LA MAÑANA

24 JUN. 1959

EL LABERINTO Y EL HILO

17 La Poltrona en el Explosivo
Por Sebastián SALAZAR BONDY

El hecho de que una centena de escolares, impedidos de ingresar a un campo deportivo debido precisamente a su proclividad a convertir en peligrosa algarada el entusiasmo partidista, se lancen con piedras y otras improvisadas municiones a destruir todo lo que encuentran a su paso, amenazando inclusive la vida de personas ajenas a tales frenesís, representa algo más que una episodio meramente policial. Se trata de la manifestación de una feroz vocación agresiva que encuentra en un pretexto conflictivo cualquiera el objeto en el cual desencadenar el odio. Odio reprimido, descontento que el ocultamiento ha hecho fermentar, rencor rumiado en silencio durante mucho tiempo y que, al fin, tiene una salida. En otro lugar el cronista ha dicho, ante la alarma de ciertos lectores apegados a la norma pura, que no son estos muchachos los únicos ni los primeros culpables de los desmanes que irresponsable y quizá inconscientemente cometen, sino la sociedad que no ha sabido inculcarles el respeto a sí mismos y a los demás, ni iluminarles la razón que suele domeñar a las bajas pasiones desatadas.

Sin embargo, tenemos una educación. Pese a su existencia y su vigencia —los agresores del Estadio Nacional son escolares,



no se olvide esto—, el primer descuido en el control de la autoridad convierte a estos chicos en terribles agresores agrupados en hordas sin freno. El ojo vigilante los mantiene dentro de la coexistencia. Si cesa éste, surgen los asaltantes. La falla, como es evidente, proviene de la formación, y de ella son responsables los agentes directos de la sociedad en la educación, los padres y los maestros. Por cierto que, ahondando en la situación, tampoco puede achacarse a errores de unos y otros la honda quiebra que sucesos como los del jueves pasado evidencian. A un educando se le puede atiborrar de teoría sobre la grandeza de la vida moral, la importancia de la pacífica existencia en común, la trascendencia de tener una conducta ejemplar, desinteresada, generosa, justa, etc., pero si todo ello no está corroborado por la realidad, si todo ello es la letra muerta del texto y de la sentencia magisterial, si todo ello es elocuencia vacua que ningún mayor practica, de nada valdrá. Y eso es lo que pasa ahora aquí.

Vivimos en un ambiente de general desquiciamiento. El culto al éxito fácil, al poder con fines lucrativos, al lujo que se alimenta de la miseria mayoritaria, a la mentira difundida con cinismo, al oro ante el que se rinden muchas personalidades representativas que debieran ser ejemplares, y tantos otros males sociales más, saturan la atmósfera del país. Y las vidas puras son soslayadas u olvidadas, tal vez porque ellas mismas rehusan inmiscuirse en un desorden ético semejante. ¿Por qué esos adolescentes, después de todo, van a creer en lo que sus libros y sus profesores les cuentan como una leyenda dorada e irreal? Es posible afirmar que mientras la educación no esté ilustrada por los hechos cotidianos, y mientras los que protagonizan estos hechos no den muestras de seguir una línea coherente, y mientras no haya unidad profunda entre el colegio y el mundo, de las aulas saldrán escépticos que no perderán la ocasión de borrar violentamente la evidencia de que son engañados.

Si a esto añadimos que la estructura económico-social del país se basa en el despojo, y que el despojo fecunda en los despojados una sed irracional de venganza, que aspira saciarse en cualquier oportunidad y víctima, tendremos someramente trazado el cuadro de una crisis, de la cual el episodio del Estadio Nacional es un síntoma grave. En verdad, esa fisura no se elimina con las medidas administrativas que suprimen las concentraciones escolares, pues, a pesar de ellas, la enfermedad prospera en el más amenazador silencio. Sólo se posterga así el futuro estallido, que tal vez sea más temible que el reciente. Más vale atacar la dolencia en su raíz, aunque investigar cual es ella moleste a quienes gustan estar apoltronados cómodamente sobre un inestable explosivo.